



## Capítulo 255 - Traicionada: La tigresa quería comer pescado pero consiguió carne

"¡RRRGHH!"

"¡NO MUERAS PRONTO!" Un enorme luchador de piel de tigre corrió hacia él, con el asesinato brillando en esos ojos salvajes—

Entonces el mundo se fue a la mierda.

La piedra bajo sus pies se tambaleó violentamente. Ni un temblor. Ni una sacudida. Un maldito terremoto en toda regla que arrasó la arena como si el mundo mismo se estuviera dividiendo.



"What the—" El tigre que cargaba tropezó a mitad de la carrera, con el rostro torcido por la confusión.

Las tigresas en las gradas lo sintieron primero. Sus vítores se interrumpieron cuando los asientos se derrumbaron debajo de ellos, crujiendo piedras con fuertes informes que resonaron como disparos.

"¿QUÉ ESTÁ PASANDO?!"

"EL SUELO—¡AHHH!"

Los niveles superiores comenzaron a desmoronarse.



Las tigresas gritaban mientras caían hacia adelante, con las garras raspando para comprar una piedra repentinamente poco confiable. Algunos lograron agarrarse a las barandillas.

Otros no tuvieron tanta suerte—cuerpos cayendo en picado, estrellándose contra secciones inferiores con impactos aplastantes.

Pero eso fue sólo el comienzo.

El cielo sobre la arena abierta de repente se volvió blanco.

Cada cabeza se rompió hacia arriba. El tiempo parecía congelarse por un latido imposible.

Un rayo de luz ardiente atravesó las nubes—no, no luz, algo sólido, algo masivo, arrastrando fuego y furia como la ira de algún dios olvidado.



"¡LA ESTRELLA ESTÁ CAYENDO!"

La palabra apenas salió de la garganta de alguien antes de impactar.

BOOOOOOOOOOOOM

El impacto fue apocalíptico.

El meteorito se estrelló en el centro del suelo de la arena con la fuerza de cien montañas que se derrumbaban.

El sonido por sí solo era algo físico —un trueno tan masivo que convertía el aire mismo en un arma.

¿Los luchadores masculinos que se habían estado destrozando unos a otros? Desaparecido. Simplemente... se fue.

La niebla de sangre estalló donde habían estado, los cuerpos se vaporizaron tan completamente que ni siquiera hubo tiempo para gritar.

Gotas de color carmesí colgaron en el aire durante una fracción de segundo antes de ser consumidas por la onda de choque en expansión.

El cráter se formó instantáneamente —una herida enorme y abierta en la tierra que se tragó el suelo de la arena, la piedra, la arena y todo lo demás desapareciendo en un pozo infernal de roca pulverizada y aire sobrecalentado.



La onda expansiva golpeó a continuación.

Irradiaba hacia afuera en un círculo perfecto de pura destrucción.

Los muros de la arena —esas enormes barreras de piedra que habían permanecido en pie durante generaciones— explotaron como si estuvieran hechos de barro seco.

Trozos de piedra del tamaño de casas se lanzaron al aire, girando perezosamente antes de estrellarse contra el territorio circundante.

"¡GYAAHHH!"



"¡QUE ALGUIEN AYUDE—GKKK!"

Las tigresas en las gradas no tuvieron ninguna oportunidad. La onda expansiva los golpeó como un martillo invisible, lanzando cientos de cuerpos hacia atrás.

Algunos se estrellaron contra los muros de piedra que se derrumbaban, los huesos se rompieron al impactar y los cuerpos quedaron flácidos instantáneamente.

Otros quedaron atrapados por los escombros voladores —enormes losas de piedra que los aplastaron en el aire, sangre rociándose en amplios arcos mientras los cráneos se hundían, las cajas torácicas colapsaban y las extremidades se retorcían en ángulos grotescos.

Los de los niveles superiores lo tuvieron peor.

Pero algunos... algunos estaban lo suficientemente cerca de la zona de impacto como para que la muerte llegara aún más rápido.



La pura fuerza de la onda de choque en la zona cero no sólo la mató — la deshizo.

La piel se desprendió, los músculos se vaporizaron y los huesos se convirtieron en polvo.

En un momento existieron, al siguiente eran niebla roja que se unía a la nube de muerte que se extendía por la arena.

El terremoto no se detuvo en el coliseo.



Se extendió hacia afuera, atravesando el territorio de Ironfang como una bestia hambrienta. Las chozas de piedra se derrumbaron, sus paredes se agrietaron y se doblaron.

Los puestos del mercado se volcaron y las mercancías se dispersaron mientras el suelo se tambaleaba y se agitaba.

A kilómetros de distancia, las tigresas tropezaban y caían, la confusión y el terror se extendían como la pólvora.

"¿ES UN ATAQUE MONSTRUOSO?!"

"EL COLISEO—¡ESTÁ DESTRUIDO!"

De vuelta en el lugar del impacto, el polvo lo obstruyó todo.

Nubes espesas y asfixiantes de piedra pulverizada y tierra se elevaban, bloqueando el sol y convirtiendo el día en una pesadilla gris.

El mundo se convirtió en nada más que gritos, gemidos de piedra moribunda y el silbido de los escombros.

A través del polvo, las formas se movían débilmente. Sobrevivientes. No muchos.

Y en el centro de este cráter había una silueta.

El polvo se arremolinaba a su alrededor como si fuera el ojo de la tormenta misma.



Entonces levantó una mano—

CLAP

El sonido no era fuerte. No en volumen. Pero la fuerza detrás de esto era monstruosa.

La onda expansiva explotó nuevamente hacia afuera, esta vez dirigida al polvo.

Cada partícula, cada mota de escombros que colgaban en el aire fue lanzada con brutal eficiencia, limpiando toda el área en un instante.

Pero esa misma onda expansiva afectó también a los supervivientes.

POP POP POP POP

Los tímpanos estallaron en masa.

Las tigresas que habían sobrevivido al impacto inicial se agarraron la cabeza y sus bocas se abrieron en gritos silenciosos mientras la sangre goteaba de sus oídos.

El polvo se disipó por completo.

Y allí estaba ella.





Una mujer con cuerpo tatuado, túnica azul, cuerno en la cabeza y púas en el cabello brillando en una extraña mezcla de color negro, naranja y blanco, con ojos con pupilas violetas oscuras, rayados como un depredador.

Su boca se movió.

Ni una sonrisa. Ni un ceño fruncido. Algo entre la molestia y el desprecio puro y desenfrenado.

Cuando hablaba, su voz se mantenía a pesar de que todas las tigresas eran sordas, rompiendo el silencio resonante con un peso que presionaba a todos aquellos que difícilmente se consideraban vivos.

"Los guerreros más fuertes exiliados por conspiración, ¿debería tomarlo como una broma, bastardo?" Los ojos violetas de Sabrina recorrieron la devastación con nada más que fría indiferencia.



Los sobrevivientes —aquellos que apenas se aferraban a la conciencia con sangre goteando de sus tímpanos reventados— ni siquiera se registraron como seres vivos para ella.

Sólo ruido de fondo. Insectos.

Su mandíbula se apretó, los músculos de su cuello se tensaron a medida que la comprensión se hizo más profunda.

Se suponía que éstas eran sus fuerzas. Su batallón.



Guerreros a los que ordenaría que abrieran su camino de regreso al clan principal, que metieran su victoria en la garganta de esos ancianos' hasta que se ahogaran con sus propios planes.

¿En cambio? Los débiles se bajan viendo morir a los machos en un pozo. Patético.

Sus dedos con garras se flexionaron, crujiendo los huesos mientras la energía bruta avanzaba a través de su cuerpo.

El heredero de la familia filial que había dominado cada juicio, aplastado a cada oponente—se vio obligado a cuidar este basurero atrasado porque algún estrategia de lengua plateada había dicho mentiras lo suficientemente dulces como para tragarlas.

"Asistente de confianza." Las palabras sabían a ceniza.

Ese bastardo había sonreído, se había inclinado profundamente y había pintado a la tribu Iron Fang como su oportunidad de oro: //Remota pero poderosa, Lady Sabrina. Perfecto para construir tu base lejos de los ojos celosos.//

Qué montón de mierda.

Ella había llegado esperando guerreros endurecidos. Veteranos marcados por la batalla que se habían ganado su exilio gracias a la fuerza.

En lugar de eso, consiguió que tigresas borrachas en hormonas se follaran a esclavos hasta matarlos para entretenerse, mientras que la más fuerte de ellas ni siquiera pudo superar el pico del Cuerpo Dorado.







La ira se enroscó más en sus entrañas, lo suficientemente caliente como para arder.

Sus muslos se tensaron, un músculo grueso se onduló bajo el pelaje rayado mientras se agachaba ligeramente —no por debilidad, sino por contener la necesidad de nivelar todo dentro de un radio de cien millas.

El suelo bajo sus pies gemía, pequeñas fracturas que se extendían como telarañas desde donde ella estaba parada.

Sólo su presencia, su furia apenas contenida, fue suficiente para poner nerviosa a la tierra misma.

Pero entonces—

¡wwwssssss!

Una onda de choque silenciosa y un sonido de explosión a cien millas de distancia... ¿tan silencioso que nadie lo habría escuchado excepto ella?

Sus orejas mejoradas se animaron, triangulando la dirección con precisión depredadora. Todo lo que había explotado allí no era natural.

La energía se sentía extraña, superpuesta con algo que hacía resonar su base de cultivo —el mismo tipo de bombas de las que escuchaba hablar en su tribu.

Sus labios se despegaron hacia atrás, revelando colmillos destinados a atravesar el acero. Olvídate de estos desgraciados inútiles. Olvídense de la política de clanes y de los ancianos intrigantes.





En ese momento había presas que valía la pena cazar.

Las piernas de Sabrina se enroscaron y cada músculo de su poderoso cuerpo se comprimió como un resorte cargado.

Esta vez el cráter bajo sus pies no sólo se rompió —se desintegró.

La piedra se convirtió en polvo y la arena se fusionó en vidrio debido a la gran presión de su lanzamiento.

BOOM

Se convirtió en una raya naranja y negra, atravesando el cielo como un meteorito al revés.

Pueblos borrosos bajo ella—otro salto, otra explosión de fuerza que excavó un cráter en la casa de alguien, en el mercado de alguien, en la vida de alguien.

No importaba. Daños colaterales.

Cada milla recorrida, su trayectoria apuntaba directamente a esa fuente de energía.

El paisaje se convirtió en una rápida presentación de diapositivas de destrucción: bosques aplanados por sus ondas de choque, colinas divididas donde ella había comenzado, ríos desplazados por el vacío de su paso.

Sus ojos brillaban con esa mezcla de furia y codicia, encerrados en el horizonte donde el resplandor de la explosión desaparecía lentamente como si alguien hubiera hecho explotar un poco de sol.





Y ella sabía qué maldita carrera podría ser.

El campo de pruebas de sirenas. Había oído rumores de que los pescadores jugaban con armas extrañas en los márgenes del imperio, sus científicos — esos cultistas blancos o como se llamaran a sí mismos trabajando en explosivos que disparaban metales lo suficientemente fuertes como para dañar a los guerreros debajo del Reino del Cuerpo Plateado Temprano hasta cierto punto.

Y ahora, frente a Sabrina estaba ese mismo grupo al que iba a utilizar como sacos de boxeo para calmar su ira o tal vez comer algo de carne.

Con un brillo en los ojos parpadeando, sus palabras resonaron: "Los peces son repugnantes pero vale la pena... jugar con ellos"

